

DIVULGACIÓN

Se publicarán artículos divulgativos sobre cualquier aspecto relacionado con la Historia Natural, no necesariamente restringido a la provincia de Granada.

Los editores no se responsabilizan de las opiniones reflejadas en los artículos de esta sección.

Lagunas de Sierra Nevada: Un sinfín de historias y leyendas

J.D. MIRANDA LÓPEZ-MARÍN¹ y A. CASTILLO MARTÍN²

¹ Estación Experimental de Zonas Áridas. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. C/ General Segura, 1. 04001. Almería. España. E-mail: juande@eeza.csic.es

² Instituto del Agua. Universidad de Granada. C/ Ramón y Cajal, 4. 18071. Granada. España. E-mail: acastill@ugr.es

ENCUADRE GEOGRÁFICO Y GEOLÓGICO

Sierra Nevada es una alineación montañosa de dirección Este-Oeste, de unos 80 km de longitud y anchura variable, entre 35 y 20 km, con una extensión total de unas 200.000 Has. Situada en el Sur de la Península Ibérica, ocupa parte de la provincia de Granada y, en menor medida, también de la de Almería. Esta cordillera es característica por presentar una línea de cumbres continua, con altitudes superiores a los 3.000 metros, con escasez de pasos, y proximidad de estos a las cumbres. Como se sabe, el vértice culminante de todo el macizo es el pico Mulhacén, que con 3.481 m es el más elevado de la Península Ibérica.

La parte central de la cordillera está compuesta mayoritariamente por esquistos metamórficos de edad permotriásica, pertenecientes a la denominada Zona Interna de las Cordilleras Béticas, y más concretamente al Complejo Nevado-filábride. En términos geológicos, Sierra Nevada es un macizo muy reciente, ya que su formación data de unos 30 millones de años; hasta su plegamiento estuvo sumergida en un mar poco profundo, antecesor del Mediterráneo, durante la orogenia alpina (Atlas, Alpes, Pirineos...) se elevó por las

presiones contrapuestas de las placas Europea y Mediterránea, empujes que aún continúan hoy día.

En la última glaciación, llamada del Wurm, hace unos 8 ó 10 mil años, cuando Europa estaba cubierta de hielo, existían glaciares en Sierra Nevada, con todo un conjunto de circos, morrenas, bloques erráticos y ríos de nieve o lenguas glaciares (Ferrer, 1985). Como vestigios de esa etapa fría, Sierra Nevada alberga hoy una abundante y variada flora endémica; parte de su fauna también es exclusiva; ello unido a la belleza del paisaje glaciar y periglacial que domina en sus altas cumbres le han valido numerosos reconocimientos en formas de figuras de protección. En 1986 fue declarada Reserva de la Biosfera por la UNESCO, en 1989 Parque Natural por la Junta de Andalucía (170.000 has) y últimamente Parque Nacional por el Gobierno Central (90.000 has), que es actualmente el más extenso de España.

LAS LAGUNAS

Uno de los valores paisajísticos y ecológicos más sobresalientes de las altas cumbres del Parque Nacional de Sierra Nevada son sus lagunas glaciares, sobre las

que trata este artículo. Vestigios de la remota época glaciaria, aparecen por encima de los 2.000 metros, siempre dentro del dominio de los esquistos metamórficos (lastras o pizarras en el argot local) (Ferrer *et al.*, 1993). A principios de la primavera, en pleno proceso de deshielo, surgen numerosísimas lagunas y lagunillos; la mayor parte son sólo almacenamientos más o menos efímeros, que van desapareciendo gradualmente con la entrada del estiaje. Unas 40 lagunas se pueden considerar de aguas permanentes; la mayor parte se localizan en la vertiente mediterránea (la Sur); casi la mitad, unas 17, se conservan en la cuenca del río Trevélez, y 11 más en la del Poqueira. En la vertiente atlántica (la Norte) sólo se conservan unas 10 lagunas de aguas permanentes. Lagunas como la de Vacares, La Mosca, La Caldera, Larga, de Río Seco, de Juntillas, Hondera... forman parte del acervo patrimonial y cultural de este reciente Parque Nacional de Sierra Nevada.

Los últimos glaciares debieron retirarse hará unos 5.000 años; al fundirse esos hielos dejaron dos tipos de huellas de especial interés hidrológico. Por un lado las cubetas excavadas en la roca donde se localizaban los reservorios de hielo de cabecera de los distintos glaciares; y por otro lado los diques morrénicos y otros cuerpos detríticos colgados en las laderas más altas, allí donde las lenguas de hielo fueron derretidas y liberaron su pesada carga de bloques, derrubios y arcilla. Estos enclaves se convirtieron con el tiempo en fenomenales trampas hidrológicas, en las que se instalaron unos bellísimos depósitos naturales de impolutas aguas: las lagunas (Ferrer *et al.*, 1993).

Junto a ellas, y en estrecha relación con su funcionamiento, estarían las surgencias o nacimientos de la alta montaña de Sierra Nevada, a los que se ligan muy frecuentemente extensiones considerables de pastizales y humedales denominados localmente “borreguiles”, y que tapizan de verde las enormes extensiones pardas y

desforestadas de lo que se ha dado en denominar la tundra de Sierra Nevada. Pese a que los esquistos metamórficos son en principio rocas de baja permeabilidad, su alteración superficial junto a la franja de derrubios de origen frío que los recubre facilitan enormemente la infiltración de las aguas del deshielo (Ferrer *et al.*, 1993). Estas aguas que circulan de forma subsuperficial son muy importantes en la regulación hídrica, retardando o impidiendo, según los casos, los agotamientos de ríos y lagunas.

Como se ha comentado, muchos de los circos y cubetas glaciares, así como las depresiones cerradas por diques y depósitos morrénicos han favorecido el almacenamiento de las aguas, dando lugar a lagunas de muy diversos tamaños y formas (Ferrer, 1985). Hay lagunas cuyo nivel de agua es prácticamente constante durante todo el año. Son lagunas que mantienen activas durante el estiaje entradas y salidas de agua, además de estar asentadas sobre vasos relativamente bien impermeabilizados por el paso del tiempo. Se distinguen muy bien desde lejos por mantener en sus bordes una tupida vegetación hidrófila compuesta principalmente de gramíneas (“borreguiles”).

Otro grupo menos numeroso de lagunas son estrictamente endorreicas, esto es, se asientan sobre cuencas cerradas, sin posible salida superficial de las aguas; en estos casos sufren notables variaciones anuales de nivel, en relación directa, sobre todo, con la fluctuación natural de las aportaciones. Este funcionamiento impide la colonización en sus bordes de esas praderas o “borreguiles” tan características.

Por último hay lagunas de comportamiento mixto; en su fase inicial (después del deshielo) mantienen un nivel constante, debido a la existencia de un emisario activo; normalmente, la disminución drástica de aportes, junto a filtraciones del vaso y pérdidas por evaporación, hacen disminuir los niveles, dejando inactivo al emisario (colgado). En esas condiciones, dejan sin humedad a las

praderas circundantes, que presentan un peor estado de conservación y extensión (Ferrer *et al.*, 1993).

Cuando el flujo de agua helada del deshielo disminuye y la radiación solar aumenta a final de la primavera y en el verano, en ellas brota una impetuosa vida. En la laguna de Vacares millones de microscópicos organismos pululan en la parte superior del agua y llegan a formar una franja roja de unos 30 a 50 cm en la parte interna de todo su perímetro (Ferrer *et al.*, 1993). Dignas de verse son también las grandes extensiones de flores que tapizan las praderas circundantes en esa época.

Actualmente hay dos líneas de investigación abiertas sobre las lagunas de Sierra Nevada por la Universidad de Granada y el CSIC; una de ellas, consagrada ya después de muchos años de estudios, estudia la limnología y comportamiento de los ecosistemas acuáticos; la otra, más reciente, trata de caracterizar los funcionamientos hidrológicos.

LEYENDAS, HISTORIAS Y TRADICIONES SOBRE LAS LAGUNAS DE SIERRA NEVADA

A continuación vamos a hacer un repaso a algunas de las leyendas e historias más conocidas de las lagunas de Sierra Nevada, junto al relato de creencias que la imaginación popular ha atribuido a las mismas a través de los tiempos.

No todos pensaron que el origen de las lagunas era glaciar. Ponce de León en 1806 decía al respecto: *la mayor parte de las lagunas no tienen desagüe manifiesto. Algunas son de gran tamaño y manifiestan haber sido cráteres volcánicos que ardieron a las inmediaciones del diluvio, o por aquellos tiempos en que el Mediterráneo cubría el terreno de las Alpujarras* (Citado en Ferrer *et al.*, 1993).

Las lagunas de Sierra Nevada suelen yacer en valles apacibles, que dominan amplios horizontes, rodeadas de praderas y

floreccillas. La de Vacares es, sin embargo, sombría y aterradora. La visita a esta laguna es una de las mayores ilusiones del que escala por primera vez las cumbres de Sierra Nevada pues son numerosas las leyendas, historias y tradiciones que han acumulado sobre ella pastores y cazadores.

Fidel Fernández decía de ella: *Vista desde arriba, diríase que es el cráter misterioso de un volcán extinguido. Ni una hierba nace en las laderas del embudo. La boca es un círculo de escarpas y de torcales, que apenas por alguna quiebra se puede atravesar. Las paredes interiores están formadas por horribles acantilados que descienden con pendiente casi vertical, y en el fondo de aquel gigantesco circo, al pie de la vertiginosa gradería, se advierte un enorme estanque circular, de aspecto triste y melancólico, lleno de agua inmóvil, que por la profundidad parece negra, y sin arroyo que lo alimente ni desagüe que lo drene.*

Las gentes de Sierra Nevada la han hecho objeto de las leyendas más fantásticas: no tiene fondo; es un ojo de mar que comunica con el Mediterráneo por frente a Calahonda; cría peces que no ven; congrega en sus cóncavos, ciertos días al año, las almas del purgatorio de veinte leguas a la redonda, para deliberar sobre el castigo que ha de imponerse, por incrédulos, a los habitantes de la vecina Alpujarra; tiene en el fondo un respiradero que lanza aire comprimido cuando hay borrascas en el mar; se mueve en estos casos con oleaje de contragolpe; brama y produce ruidos como cañonazos, cuando se va a formar una tormenta; guarda filones de oro puro bajo la nieve de sus ventisqueros; encierra en su fondo el que fue palacio de un rey moro; da albergue a un ave blanca, cuyo encuentro anuncia la muerte en breve plazo; en el fondo se encuentra un pozo de mucha profundidad, abierto por mano del hombre, cuyo trabajo se infiere que fue llevado por los moros, para surtirse de agua durante alguna de las terribles sequías de que nos habla la historia de dominación árabe sobre España... (Ferrer *et al.*, 1993).

Recogemos a continuación alguna de estas leyendas e historias sobre la Laguna de Vacares:

La Laguna de Vacares. El jardín de la Princesa Cobayda.

Yace la Laguna, que califican de traicionera, y a la que nunca acercan sus ganados los pastores de la Sierra, en el fondo de una profunda sima, que le da aspecto terrorífico en medio de aquellas soledades, rarísima vez pisadas por la planta humana, y casi siempre coronadas por un turbante de nubes.

En tiempo de los moros, hubo en las alturas de Sierra Nevada un espléndido palacio, rodeado de bellissimo jardín. Eran de mármol y de serpentina las solerías, y de estucos y alicatados, como los bellos aposentos de la Alhambra, las paredes. Espesas arboledas se prolongaban hasta un lejano cerco de montañas, manteniendo el palacio aislado y oculto de la curiosidad de los mortales.

Allí vivía una bellissima princesa, cuyo padre, el Rey moro de Granada, la sometió recién nacida al estudio de los sabios, mandándoles descifrar el Destino de la niña en el libro de los astros. El horóscopo anunció que la princesa moriría al conocer el Amor, y el Rey, queriendo oponerse a la fatal sentencia, fabricó el palacio en el sitio más inaccesible de la Sierra, mandando que nadie se acercase a aquel lugar, donde la encerró bajo la vigilancia de una mujer de confianza: la discreta Kadiga, de los cuentos alhambrenos.

Pasaron los años, y la niña llegó a hacerse mujer, sin conocer más mundo que el que se contenía en aquel marco de montañas, ni más personas que las esclavas encargadas de su servicio. Un tenebroso subterráneo, cuya entrada era un misterio para todos, permitía al Rey visitar de vez en cuando aquel paraje inaccesible, y ver desde lejos a su hija, cuando oculto entre las espesuras la miraba pasar por los laberintos del jardín.

Se hallaba un día Cobayda (que así se llamaba la princesa) recreándose en los bosques que limitaban el recinto de la morada, cuando apareció entre los árboles un arrogante caballero, que se había perdido en la montaña y vagaba de valle en valle sin encontrar el camino que la condujera a la ciudad.

La princesa, que nunca había visto más que en sueños una figura varonil, sintió intensa emoción ante aquel joven tan apuesto. El doncel, por su parte también se enamoró, y desde entonces, y aprovechándose de la confiada seguridad en que vivían Kadiga y sus esclavas, salía todas las noches la princesa para encontrar al joven vestido de azul, junto a las frondosas alamedas del jardín.

El carácter antes triste y melancólico de Cobayda, se tornó alegre y animado. Esto despertó las sospechas de Kadiga, y puesta en vigilante acecho confirmó sus temores, sorprendiendo a la enamorada pareja.

Montó en cólera el Sultán al conocer la noticia, y la comprobó por sí mismo, escuchando las palabras de amor que el hermoso joven deslizaba junto al oído de la enamorada doncella.

Ciego de ira el Rey moro se lanzó furioso contra la feliz pareja. Un relámpago brilló cuando el Sultán desenvainó su alfanje damasquino, y la cabeza del doncel rodó largo trecho por el suelo, hasta quedarse convertida en una piedra negruzca que aún puede reconocerse fácilmente. La princesa, asustada por aquella terrible aparición, quedó convertida en hielo, y de sus ojos brotaron tantas lágrimas que bastaron para llenar el valle y convertirlo en un lago salado (La Laguna de Vacares), que cubrió el palacio, el valle y el jardín. El Rey, aterrado por la desesperación de aquella hija predilecta, quiso huir, pero no pudo: se había convertido en una enorme roca, que sigue enhiesta junto a la Laguna, y gime y brama cuando en las noches de furioso temporal la recorren el remordimiento y el dolor. (Recogida de Fernández y Fernández, 1992).

Sobre esta leyenda hay una variación recogida en Titos (1998) con el título de ***La leyenda de los pastores de Vacares***, en la que es un enamorado celoso el que corta la cabeza del doncel; el resto de la historia mantiene el mismo esquema, por esa razón no la recogemos y nos remitimos a la obra “Leyendas de Sierra Nevada” recién citada.

Los “bramidos” de la Laguna. El pájaro blanco de Vacares.

Esta leyenda también se conoce como *la Leyenda del Ave Blanca*, y así queda recogida en Títos (1998), obra que también contiene la historia contada por Fidel Fernández que es la que aquí recogemos.

Hace ya muchos años, que tres cazadores de monteses, se perdieron en los laberintos de Sierra Nevada, y se encontraron, ya bien entrada la noche, en los precipicios que rodean a la Laguna de Vacares, de donde era imposible salir sin luz del día. Buscaron pues una oquedad en que guarecerse, y se prepararon a dormir al abrigo del refugio improvisado, quemando algunas ramas de sabelina, de las muchas que crecían entre las breñas.

Era una noche tenebrosa. El cielo estaba cubierto de nubes, y temiendo el ataque de los lobos, acordaron que uno de los cazadores vigilara junto al fuego, mientras los otros dos se envolvían en mantas al alcance de la mano.

Buen rato llevaba de centinela el cazador a quien correspondió el primer tercio de la guardia, cuando observó una lucecilla brillante y azulada. Se dio cuenta entonces, que la luz que tanto había llamado su atención, brillaba entre los ojos de un pájaro blanco, que le miraba fijamente.

Agarró fuertemente el cazador la carabina, y apuntando con cuidado, hizo fuego. La detonación retumbó de roca en roca como un trueno; se apagó de pronto la blanca lucecita, y del lugar donde el ave posaba sus patas, surgió una hermosísima doncella, vestida de blanco, que lo miraba sonriente, llamándolo con palabras de amor.

Lo que pasara aquella noche entre el cazador extraviado y la mujer vestida de blanco, no ha sido posible averiguarlo.

Cuando, al amanecer, despertaron los otros dos cazadores, hallaron, junto a las cenizas de la hoguera, el fusil disparado de su compañero, y a pesar de registrarlas con cuidado, no lo pudieron encontrar entre las rocas que se acumulan en el cráter de la laguna, por lo cual dedicaron el día a recorrer una por una las angosturas de la Sierra, volviendo cerca del oscurecer a refugiarse en la misma guarida que les cobijó la noche antes.

Se acostó bajo la roca el más joven de los dos, y comenzó el mayor la vigilancia, paseando, arma al brazo, junto a la hoguera chispeante. Un ruido extraño le hizo fijar la atención en una hermosa ave blanca, que en círculos espaciosos y pausados se cernía sobre él. En la frente de aquel pájaro brillaba un magnífico diamante, que despedía destellos azulados.

Repuesto de la impresión, apuntó con la escopeta e hizo fuego sobre el pájaro, que se transformó en una mujer admirable, ante la que cayó fascinado, de rodillas, el cazador de monteses.

Cuando a la mañana siguiente despertó su compañero, se encontró sólo, absolutamente sólo, en la orilla de la Laguna de Vacares.

Era el más joven de los tres cazadores un gallardo y valiente mancebo, de ojos negros y profundos, color sonrosado y oscura cabellera. Decidido a desentrañar el secreto de aquellas misteriosas desapariciones, se preparó a pasar la noche vigilante en la misma gruta que les había servido de refugio.

De pronto, brilló una cosa blanca al otro lado del fuego; lo blanco tomó forma de ave; del ave surgió una hermosa figura de mujer. Ligeramente como el viento, y antes de que el cazador hubiera podido incorporarse, estaba a su lado la bella aparición, y tocándole con un dedo entre los ojos, y lo sumió en un profundo letargo.

¿Quién era esta singular y fantástica figura; este pájaro-mujer, que en tres noches sucesivas se había aparecido a los desorientados cazadores? Pues era, ni más ni menos, que el “pájaro blanco” de la Laguna de Vacares, que atrae con engaños hasta esta tumba de agua a los pastores, para sepultarlos en el fondo, donde los devora lentamente.

Fija la ondina, mirando al cazador, fue presa de un estremecimiento misterioso, que la dejó sin movimiento. Se conmovió la hermosa cabeza del pájaro-mujer; latía su corazón con gran violencia, y cuando quiso arrastrar al joven hacia la laguna traicionera, notó una sensación extraña que nunca había experimentado.

- ¡Qué bello es! —se dijo—. ¡Qué ojos deben brillar bajo sus párpados! ¡Qué gran corazón albergará bajo su pecho!

- ¡Este no! —murmuró sonriendo—. ¡Es lástima! ¡Tan joven! ¡Tan bello! ¡Casi un niño!

¡Perezcan otros por él! ¡Este será mi amante, y yo seré su esclava, si me concede su amor!

La bella aparición recobró la forma alada, y se lanzó a la laguna arrastrando con ella al joven pastor. Pronto estuvo con su preciosa carga en la gruta misteriosa que le servía de guarida.

Cuando el cazador abrió los ojos en un palacio de cristal, tenía a sus pies, rendida y sonriente, a la misteriosa dama blanca que solicitaba sus amores.

Aquella gruta resultó para nuestro héroe un paraíso en miniatura. Los días pasaban sin sentir. El pájaro blanco, siempre a los pies del mancebo, dejó de presentarse sobre la tierra, y sólo vivía para el galán afortunado. Meses y meses transcurrieron sin que iluminara con su luz las sombrías laderas de la Laguna de Vacares.

Un día, sin embargo, despertaron sus apetitos carniceros, y abandonó por unas horas al mancebo. Curioso el cazador se detuvo en recorrer las galerías del dorado calabozo, en una de las cuales, y entre los restos de pastores devorados por la ondina, reconoció los de sus compañeros.

Apoderándose de él un terror profundo, y el recuerdo de sus familiares, le trajo el deseo de salir de allí. Pero no le era fácil conseguirlo, ni hubiera podido lograrlo si, guardando un profundo disimulo, no hubiera sugerido una noche a su guardiana la idea de que lo sacara, siquiera por unas horas, a pasear sobre la superficie de la tierra.

Sacó entonces el cazador un crucifijo que llevaba sobre el pecho, y lo puso ante los ojos de la ondina, protegiéndose la cara.

En el preciso momento en que lo vio lanzó el pájaro blanco un lúgubre graznido; quiso avanzar sobre el mancebo, pero se halló sujeto por una fuerza sobrenatural y misteriosa, y airado y rugiente se fue alejando poco a poco, hasta que se perdió en las tinieblas de la noche.

No hay noticias, desde entonces, de que un solo mortal se haya librado de las garras del pájaro-mujer. Cuantos han recibido su visita en las alturas de la Sierra, han sido implacablemente atraídos hasta los bordes de la laguna y sepultados bajo sus aguas tenebrosas. La ondina no ha vuelto a sentir amor ni compasión. Varios pastores la han oído de noche llamando a gritos al cazador de la montaña. Cuantos han tenido la desgracia de verla, han hallado la muerte al mismo tiempo. ¡Ay de quien la

encuentre en las soledades de la Sierra! (Recogida de Fernández y Fernández, 1992).

Otra de las lagunas carismáticas de la Sierra es la de las Yeguas. El día de la Virgen de las Nieves (5 de agosto) era tradicional hacer en ella una prueba de natación, denominada “la travesía de la laguna” junto a una competición de esquí.

Diego Marín hizo la siguiente descripción de la laguna (Marín, 1992; Titos, 1990): *Tiene este hermoso venero la forma de una calabaza encorvada y mide 85 por 55 metros, recibiendo las aguas por su parte oriental, procedentes de las lagunillas y ventisqueros de la enorme Carigüela... El desagüe lo tiene al sur, formando el nacimiento del río Dílar, con pintorescas cascadas y remansos.*

Sobre esta laguna hay una leyenda recogida en Titos (1998) titulada **La leyenda de la Laguna de las Yeguas**, y que dice así:

Era precisamente en la época en que la laguna rompe su capa de hielo para dejar paso, poco a poco, día a día, a las cristalinas y frías aguas.

Junto al desagüe un pastor vigilaba su rebaño esparcido por las vertientes del río Dílar. De pronto se dejó oír un espantoso rugido. El pastor, creyendo que sería motivado por alguna tormenta, miró al cielo que encontró completamente despejado y sereno, y no tardó en escuchar las siguientes palabras, pronunciadas por una cavernosa voz:

-¿Cuándo me dejarás salir de este encierro?

-Todavía no –respondió otra voz fuerte y potente- eres demasiado perverso.

El pastor quedó sobrecogido de espanto e intento huir, más en vano, porque sus piernas, inmovilizadas por el miedo, se negaron a obedecerle.

Entretanto, por el lado opuesto vio llegar a dos hombres ataviados con raras vestiduras orientales, los cuales miraron en la dirección en que él se encontraba, pero no dieron muestra de haber notado su presencia. Uno de ellos, de más edad, comenzó una serie de extraños movimientos y exorcismos dirigidos a la laguna, mientras que su acompañante sacaba una enorme red que, a una señal del de más edad, echó dentro de la laguna. Al instante tiraron ambos de la red y sacaron de las aguas una hermosa yegua blanca.

- *Esto no es lo que buscamos –dijo el mago, y la dejó suelta-*.

Repitieron el sortilegio y volvieron a echar la red, y esta vez salió una yegua azul.

-Tampoco es esto lo que venimos buscando. Probemos nuestra última oportunidad –dijo poniendo a continuación el mayor cuidado en las palabras mágicas que pronunciaba; pero también volvió a salir otra yegua, aunque de color negro como el azabache-.

La desilusión se pintó en sus rostros. El de más edad comentó con su compañero:

- La suerte no nos ha sido propicia. El caballo rojo que nos hará invencibles nos ha esquivado una vez más. Marchémonos y en el próximo deshielo lo probaremos nuevamente.

El pastor, inmóvil, los vio alejarse, y mirando en derredor suyo vio a las yeguas que los extranjeros habían sacado de la laguna que estaban retozando en un prado cercano, y acercándose a ellas, se mostraron dóciles y se dejaron acariciar. De improviso un extraño y penetrante silbido se dejó oír. Las yeguas quedaron quietas y erguidas, estilizando su preciosa estampa, hasta que en un rápido galope se dirigieron a la laguna en cuyas profundidades volvieron a sumergirse.

Y dice la leyenda que esta es la historia que de generación en generación se ha venido transmitiendo entre los miembros de la familia del pastor, y que todos los años en esta época, empujados por una fuerza irresistible los descendientes del pastor van a la laguna; ese lugar les atrae más que ningún otro, ignorando si ello es debido a la historia que acabamos de oír o si solamente es debido a la belleza del paisaje que desde allí es posible contemplar.

La laguna de la Caldera se atribuyó por muchos a un antiguo cráter volcánico extinguido; este origen posiblemente espoleó la imaginación de algunos que creyeron ver en esta agua peligros ocultos y un sitio no adecuado para la acampada, y mucho menos para el baño (Ferrer *et al.*, 1993).

Diego Marín (Titos, 1990) nos cuenta que, estando de excursión en la laguna, uno de los excursionistas se bañó en los cinco grados sobre cero de sus aguas, ante los atónitos ojos del guía y de unos pastores que

por allí andaban: *El asombro era debido... a la creencia popular de que dicha laguna está encantada, que comunica directamente con el mar, que se oyen en su seno rumores de cantos extraños, que de sus ondas surgen sombras de almas en pena, que del espíritu del padre de Boabdil, enterrado en la loma próxima, sale de noche a mirarse en sus aguas, las cuales, como encantada no crían verdín ni planta alguna en su fondo y orillas.*

Para terminar recogeremos algunas citas del libro “La Suiza Andaluza” (Marín, 1992) como una muestra de la cantidad de excursionistas, científicos, investigadores... que recogieron sus excursiones y expediciones en diarios, cartas, etc.

Así dice Diego Marín de la Laguna de las Yeguas: *De fácil acceso desde Granada, situada a 2.970 m sobre el nivel del mar, en un paraje resguardado y pintoresco, con hermosas vistas y cercana a los puntos principales de la Sierra,[...], la buena calidad de sus aguas y su extremada salubridad, que la convierten en uno de los lugares mejores de España y aún de Europa para el establecimiento de un sanatorio de tísicos...*

Y más adelante acerca de la Caldera: *El terreno en que se halla forma un amplísimo anfiteatro de gran altura. Sus vertientes nevadas apenas quedan descubiertas por el deshielo. Grandes masas de nieve rodean las aguas que tienen en su centro enorme témpano de hielo, que simula un gran lanchón. Aquella disposición del terreno produce un bellissimo fenómeno acústico poco frecuente. Un eco doble repite en octava alta y a través de la montaña las dos últimas sílabas y tres desde algunos sitios de las palabras que se pronuncian al borde de la laguna produciendo un efecto extraño y no menos admirable.*

Elías Pelayo recoge por su parte en la misma obra recopilatoria: *La hermosa Laguna de Vacares es perfectamente ovalada, y su extensión, aunque no pudimos medirla por estar cubierta por completo de nieve, excede tal vez de quinientos metros de circunferencia, siendo una de las más grandes y profundas de la Sierra, como se advierte fácilmente por el fuerte declive de las faldas que la rodean...*

La más interesante curiosidad de la Sierra son las lagunas; verdaderos estanques alpinos, suspendidos en las montañas en unas alturas como no se encuentran en Europa. El forastero curioso no debe privarse de hacer esta excursión; verá en Vacares un tajo de unos 250 pies de pendiente, donde se encuentra la laguna larga de Vacares: esta presenta la forma de una campana vuelta, cuyos bordes escarpados forman un declive de 150 pies de largo y 900 de circunferencia... Las aguas son cristalinas y se mueven con mucha agitación, a causa de la gran cantidad de aire, tanto que a veces imitan el oleaje y estruendo del mar. En las aguas que afluyen se crían las truchas más exquisitas al paladar, y en el lago mismo hay grandes anguilas y otras especies de peces de gran tamaño y variadas formas... Su figura interior es a la manera de un embudo; su circunferencia es de 1.081 pies castellanos; el largo de su declive es de 180, y su profundidad en el centro, de 72. Su altura sobre el nivel del mar, de 9.852. La de Calvache se halla al sur en la parte más montañosa de la Alpujarra, y rodeada de frondosos bosques. La de la Caldera es una de las más altas de Europa: su forma es a manera de una caldera, y tiene 3.208 pies de circunferencia. La del Cerro del Caballo, se halla situada en la parte más elevada de la montaña del mismo nombre. La del Padul era bastante extensa; pero hace algunos años que sus aguas desaparecieron, dejando un terreno de labor fértil y productivo: si bien ha vuelto a reaparecer parte de sus aguas, que imposibilita la labranza de varias fanegas de tierra...

Sirva esto de muestra de la curiosidad que provocaba y provoca Sierra Nevada y sus lagunas en los hombres de todos los tiempos. Son muchas las referencias que sobre la Sierra, sus lagunas, viajes y excursiones a través de ella, etc. podemos encontrar, prueba de ello es la extensa lista de referencias de libros y obras en los que se hace referencia a Sierra Nevada.

BIBLIOGRAFÍA

- FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, F. y FERNÁNDEZ RUBIO, F. 1992. *Sierra Nevada*. Ed. Caja General de Ahorros y Monte de Piedad de Granada. Granada.
- FERRER, M. (S.J.). 1985. *Sierra Nevada y la Alpujarra* (vol. 1 y 2). Ed. Andalucía. Granada.
- FERRER, M. (S.J.), CASTILLO MARTÍN, A., FERNÁNDEZ DURÁN, R. y EMASAGRA. 1993. *Aguas de Sierra Nevada*. Ed. Emasagra. Granada.
- MARÍN, D., PELAYO GÓMIZ, E. y TITOS MARTÍNEZ, M. 1992. *La Suiza andaluza*. Caja General de Ahorros y Monte de Piedad de Granada. Granada.
- TITOS MARTÍNEZ, M. 1990. *La aventura de Sierra Nevada:1717-1915*. Universidad de Granada. Granada.
- TITOS MARTÍNEZ, M., WILLKOMM, M y IZQUIERDO MARTÍNEZ, F. 1998. *Leyendas de Sierra Nevada*. Ed. Proyecto Sur. Granada.